

Seamos realistas: apocalipsis now

Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina de Martín Hopenhayn, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Elena Águila

Mira quién habla

El punto de partida es una muerte. O muchas muertes que hacen una gran muerte: la muerte de la revolución. Quien habla en esta escritura se sitúa y nos sitúa (a sus lectores) como sobrevivientes a esa muerte. Estamos en el día después. Estamos en el velorio. Rápidamente, se nos conmina a no sucumbir "a la tentación de la letanía". A evadir el lamento (por lúcido que pueda ser). A velar de manera sensata esta(s) muerte(s). ¿Un velorio sensato para la muerte de la revolución? Nada de llantos estridentes o destemplados. Mi más sentido pésame. Hay que tener conformidad, "constatar lo irrecuperable", "tantear lo reciclable" de los mitos de emancipación o desarrollo que mueren con la muerte de la revolución; "de esos mitos siempre habrá retazos, esquirlas, jirones" a partir de los cuales "elaborar nuevos proyectos colectivos", se nos dice. O sea, rehacer nuestra vida y seguir adelante. Murieron los relatos emancipatorios pero a alguna parte tendrán que haber ido a parar "las pulsiones emancipatorias" que esos relatos "cristalizaban".

Me pregunto: ¿a quién le acontece esta muerte, a quién se le muere "la revolución" (o los relatos emancipatorios o los proyectos colectivos)? En realidad, esta no es más que una forma de preguntarme: ¿quién habla en estos textos?, ¿quién es este asistente al velorio de la revolución? (después de todo podemos imaginar que muerta la revolución, distintos y variados personajes podrían concurrir a "velarla").

El texto propone algunas definiciones al respecto: se trata de un sujeto de escritura que se concibe a sí mismo como "generacional" (casi en exceso, nos advierte): "una generación de latinoamericanos perdidos, que llegó tarde a la épica de los '60, alcanzó a respirar su resaca, se desencantó y tuvo miedo, pero no se resigna ni al cinismo ni al nihilismo de fin de siglo. Una generación que reclama el acto de soñar pese al despoblamiento radical de los sueños colectivos o a causa de dicho despoblamiento. Pero a la vez reclama ese derecho sin gritar demasiado ni recurrir a la violencia, sea por un estético rechazo al mal gusto, un fantasmático temor al caos, o un miedo más concreto a perder el em-

pleo" (¿los nacidos en el 55 y sus alrededores?).

Siguiendo este hilo, entonces, podemos decir: la revolución se les murió a todos, más viejos y más jóvenes que estos cuarentones, pero ciertamente, como ocurre ante cualquier muerte, cada cual asiste al velorio en un distinto "temple de ánimo" (cabría señalar aquí que seguramente no es sólo la variable generacional la que determina el modo de concurrir a este velorio, pero eso sería materia de otro costal).

Acerca de comportamientos en un velorio

El sujeto de esta escritura se autodefinirá como "escéptico" (o al menos así calificará a las páginas de su texto): no pretende indicar caminos nuevos ni revitalizar viejos ánimos de transformación radical. Lo que hará, nos dice, será "rastrear los efectos que un sueño integrador pulverizado ha podido tener sobre la cultura, la vida cotidiana y la búsqueda de la felicidad" (algo así como qué le pasa a la cultura, a la vida cotidiana y a la búsqueda de felicidad después de la muerte de la revolución).

Claro que la exploración de los efectos que haya podido tener la muerte de la revolución en estos tres ámbitos, se hace desde una cierta pregunta: "¿Buscamos todavía alguna forma de totalización, una nueva explicación comprensiva, otro sujeto con vocación universalista, una utopía inédita o ineditamente movilizadora?". No se trata, entonces, de llegar simplemente a una suerte de taxonomía de efectos de la muerte de la revolución, lo que se busca es sobre la marcha atisbar formas de reparación, recomposición, restitución.

Podemos imaginar, entonces, a alguien que llega a un velorio, se ubica en un rincón de la sala y desde allí comienza a sacar cuentas y a hacerse preguntas respecto de cómo seguirá la vida después de que pasen estos ritos funerarios. Asuntos de herencias, recomposición de estructuras familiares, etc.

No deja de llamar la atención que se hable en estos textos más del velorio que del entierro. ¿A la revolución se la vela pero no se la enterra? (y si se habla por ahí de "sepulturero" es para identificarlo de inmediato con un "partero"). ¿No habrá algo así como un escabullir el duelo? ¿O se

trata sólo de un esfuerzo por desdramatizarlo (hacer un duelo sensato)? Puede ser, también, especulo que, para este sujeto generacional, la muerte de la revolución no sea tan dramática. Después de todo llegó tarde a la fiesta. Llegó cuando ya la revolución no brillaba en todo su esplendor, cuando ya se veía algo deteriorada por el rigor de la historia. Alcanzó apenas a experimentar los últimos estertores de su seducción. En todo caso, me parece percibir un cierto apuro por “rehacer la propia vida”, antes de haber experimentado real y cabalmente “la pérdida de lo perdido” —esto es, el fin del duelo.

La muerte de la revolución y la cultura

“Abandonar la imagen de una revolución posible es una mutación cultural: una peculiar forma de morir”; “Sin revolución en perspectiva, la vida presente pierde la virtualidad de una epopeya”, se nos dice en el texto que estamos comentando. Esto, claro, es todo un acontecimiento cultural que tendría variadas consecuencias, las que se traducirían finalmente en “una cierta cultura del desencanto y una cierta refrigeración del temperamento”. Frente a este escenario (más detalladamente descrito en el texto) la pregunta que este sujeto se hace es: ¿desde qué utopía, o desde qué fines, la epopeya de la historia es concebible una vez que se apaga la fogata del sueño revolucionario...?

Contra-pregunta: ¿es acaso concebible —con esos fuegos apagados y las cenizas refrigeradas—, la historia como epopeya? Y ¿quiénes serían los que desearían volver a concebir la historia como epopeya? (o dicho de otra manera ¿hay alguien interesado en recuperar ese sentido épico de la historia?; ¿por qué habríamos de querer (nosotros o cualquiera) volver a concebir “la epopeya de la historia”? No es eso acaso lo que perdimos con esta muerte —o lo perdido que finalmente perderíamos si hiciéramos el duelo. Y si finalmente lo perdiéramos (en el sentido en que se pierde aquello que se pierde después del duelo) la pregunta por su recuperación habría también perdido sentido— lo que perderíamos (lo que ha muerto) sería precisamente la pregunta por la posibilidad de la historia como epopeya, como Gran Relato Heroico que avanza hacia un Fin a través del enfrentamiento entre Grandes Personajes/ Actores.

La muerte de la revolución y la vida cotidiana

Desprovistos del Gran Proyecto, cotidiano se resignifica. Deja de tener lugar en el marco de un horizonte mayor que le da sentido más allá de sí mismo. O recupera su sentido común: la vida de cada día y

de todos los días. “No es lo mismo vivir lo inmediato sobre un horizonte de sentido a largo plazo que experimentarlo como un horizonte en sí mismo”, se nos dice. Ante esto, el sujeto que habla en este texto, se pregunta: “¿Cómo se constituye y se puebla de sentido una vida cotidiana cuyos rasgos son el pequeño proyecto y la discontinuidad, una secuencia de rutinas que no necesariamente *suman plenitud*, sino que muchas veces sólo se yuxtaponen? ¿Cómo puede pensarse en un *proceso de integración a escala macro ...*?” (si nos hemos desplazado de “los pastizales de la liberación total” al convencimiento de que cada día tiene su afán con la doble cara de la “rica diversidad de la experiencia” y “la *exasperante estatización de intrascendencia*”).

Adjunto mis contra-preguntas: ¿quién es este sujeto exasperado por la intrascendencia (intoxicado por sobredosis de contingencia o descompuesto por el vértigo de la discontinuidad)? ¿Quién es éste cuya vida cotidiana no alcanza a “poblarse de sentido” puesto que lo que allí ocurre “no suma plenitud”? ¿Quién es éste que fantasea una vida cotidiana “poblada de sentido”?

Más adelante, tenemos más preguntas que este sujeto se hace, no olvidemos, ubicado en alguna esquina del lugar en que se vela a la revolución: “¿cómo pensar un sentido eficaz para *motivar una eventual emancipación colectiva* con estos rasgos de cotidianidad? ¿Cuál es la materia prima de la vida cotidiana susceptible de convertirse en *materia unificante de la vida histórica*?”. Llegamos, una vez más, al punto que me interesa poner de relieve: este sujeto quiere “emancipación colectiva” y quiere, en el mismo gesto, me da la impresión, “unificar la historia”. ¿Debemos entender entonces que habrían muerto ciertos grandes relatos de emancipación colectiva y no la posibilidad misma de esos relatos? ¿Que la historia ha perdido momentáneamente su unidad y sentido y no que lo que ha ocurrido es la cancelación del concepto de ella como dotada de unidad y sentido que es como decir la cancelación (el fin) de la historia?

La muerte de la revolución y el goce de la vida

En este ámbito la pregunta del sujeto cuyos rasgos intento perfilar es “¿en qué modo esta dificultad para integrar —dificultad que se traduce en sueños mínimos, utopías pulverizadas— atraviesa y modifica las formas en que nos procuramos el goce de la vida?”; “¿Desde dónde centrar el goce de la vida en este escenario discontinuo, incierto, fragmentado y cambiante?”.

Se nos ofrecen algunas conjeturas acerca de cómo gozar la vida después de la muerte de la revolución, pero resulta evidente que el sujeto que se despliega en este

texto no puede contentarse con estos goces de la vida, en la medida en que persiste en él la necesidad de preguntarse: "¿Son propicios para *motivar una integración* (social, nacional, latinoamericana) estos móviles de goce: la seducción por el vértigo, la ligereza de vínculos, la aventura de los intersticios, la pasión individual, la exaltación de las formas y la consecuente pérdida de sustancialidad? ¿Puede *pensarse en integrar* desde el vértigo, la ligereza, lo intersticial, lo pasional, lo estético? ¿O hace falta, por el contrario, una dirección más sólida, un lazo más firme?"

Anexo, una vez más mis contra-preguntas: ¿por qué habría que "*motivar una integración*"? ¿O quién es ése que siente la necesidad de "*motivar una integración*" o "*pensar en integrar*"? ¿Un cierto tipo de intelectual? ¿Qué tipo? Uno para quien "la integración de los pueblos es una tarea pendiente que habría que retomar (después de este domingo pobre)"; uno que piensa que "tal vez, después de todo, la revolución es un concepto que subsiste (¡entonces no estaba muerta...!) pero huérfano de una imagen que lo encarne en la conciencia colectiva". ¿Un intelectual a quien competiría contribuir a producir esa imagen que re-encarne en la conciencia colectiva la idea de revolución? ¿Algo así como un intelectual de la reencarnación revolucionaria?

¿Volver a barajar las cartas?

La única forma de ser consecuente, hoy en día, consistiría en ser inconsecuente, concluye este sujeto mientras vela a la revolución. Pregunto: ¿ser consecuente con qué? (¿algo así como ser fiel a la memoria de la revolución?)

"No se trata de renunciar a la esperanza de *otra forma de integración*" (¿habría entonces que ser consecuente con esa esperanza?). Tampoco habría que renunciar a "la posibilidad de una acción con sentido transformador" en la dirección de nuestras "fantasías de mundo" —¿nuestras utopías?

Claro que esas fantasías tienen que redefinirse, se nos señala, pero "no podemos suspender toda acción mientras procesamos dicha redefinición".

¿Ser ambiguos, entonces? ¿Consecuentes-inconsecuentes? ¿Jugar dobles y triples juegos? ¿Ni apocalípticos, ni integrados? ¿Ni proclamar (o abogar por, o trabajar para) el fin del orden establecido (el fin total, la transformación radical, la revolución) ni incorporarse acriticamente a dicho orden?

"Celebrar la orfandad de relatos omnicomprensivos y visitar relatos parciales" (aunque no nos convenzan del todo), "explorar en los intersticios de la política, en el esoterismo, en la acción simbólica, en

la cultura popular, en las intuiciones sugerentes, en la revuelta espasmódica, en las economías de los desplazados, en el hermetismo de tribus vernáculas y posmodernas, en las razones de la pasión, en la conversación intimista... aunque sólo sea para volver a *barajar las cartas*", se nos dice.

Me queda bastante claro que esto alejaría al sujeto que he estado tratando de percibir más nítidamente, de una parada apocalíptica, pero no me queda igualmente claro (ya sé que no estamos en tiempos de claridades, por eso me permito ventilar mis confusiones) si lo alejaría de la misma manera (o a la misma distancia) de la simple y llana integración. No veo cómo una nueva mano de póker (¿o se trata de una lectura de tarot?) podría permitir dar con "otra forma de integración" o "un vínculo otro con el mundo". Seamos realistas: apocalipsis now.